

La historia del matrimonio en siete estampas

Jonathan Sacks

Antiguo Gran Rabino de Gran Bretaña *

Email autor: info@rabbisacks.org

Recibido 20 de diciembre de 2014

Aceptado 21 de enero de 2015

RESUMEN: Desde el aula del Sínodo del Vaticano, el rabino Sacks narra desde la perspectiva judía la historia del matrimonio y el amor en un sugerente itinerario en siete pasos. Se refiere, entre otros hitos, al nacimiento de la reproducción sexual, a las necesidades de la crianza humana y al triunfo de la monogamia como una declaración fundamental de la igualdad humana. Seguidamente, define el matrimonio como una visión de la vida moral y religiosa basada en el amor, el pacto y la fidelidad hacia Dios.

PALABRAS CLAVE: sexualidad, teología, historia natural, monogamia, fidelidad, alianza, judaísmo.

Esta mañana quiero empezar nuestra conversación contando de alguna forma la historia de la idea más maravillosa del mundo civilizado: la idea del amor que trae nueva vida al mundo. Por supuesto que hay muchas maneras de contar esta historia, y ésta es sólo una de ellas. Pero para mí es la historia de siete momentos clave, todos y cada uno de ellos sorprendentes e inesperados.

El primero de ellos, según una noticia aparecida en prensa el 20 de octubre de este año, tuvo lugar en un lago de Escocia, hace 385 millones de años. Fue entonces cuando, según este nuevo descubrimiento, dos peces se unieron para realizar el primer acto de reproducción sexual conocido por la ciencia. Hasta entonces, la vida se había propagado de forma asexual, por división celular, gemación, frag-

* Conferencia pronunciada en el congreso sobre «La complementariedad entre el varón y la mujer», organizado por la Asociación Humanum Provida, el 17 de noviembre de 2014, en el Vaticano. Traducción de José Ignacio Jiménez-Blanco y Paloma Bravo.

mentación o partenogénesis, todas ellas mucho más simples y más económicas que la división vital entre hombres y mujeres, cada uno de ellos con un rol diferente para crear y sostener la vida.

Cuando consideramos, incluso dentro del reino animal, cuánto esfuerzo y energía requiere la unión de machos y hembras, en términos de exposición, cortejos, rivalidades y violencias, es sorprendente pensar que la reproducción sexual haya podido ocurrir alguna vez. Los biólogos aún no están seguros del por qué. Algunos estiman que la razón estriba en la protección contra los parásitos, o en las inmunizaciones contra las enfermedades. Otros piensan que, simplemente, la unión de los opuestos genera la diversidad. Pero, de una forma o de otra, los peces de Escocia descubrieron algo nuevo y maravilloso que ha sido copiado desde entonces prácticamente por todas las formas avanzadas de vida. La vida comienza cuando el macho y la hembra se juntan y se unen.

El segundo acontecimiento inesperado fue el reto planteado al Homo Sapiens por dos factores diferentes: nos pusimos de pie, lo que estrechó la pelvis femenina, y nuestros cerebros crecieron (un 300%), lo que supuso también tener cabezas más grandes. El resultado fue

que los bebés humanos tenían que nacer más prematuramente que los de otras especies, y por tanto, la protección de sus padres debía ser más prolongada en el tiempo. Ello hizo que la paternidad fuera mucho más exigente entre los humanos que en cualquier otra especie, demandando el trabajo de dos personas, en lugar de una sola. De ahí que se produzca el fenómeno, raro entre los mamíferos, de la vinculación afectiva de la pareja que ocurre en los seres humanos, a diferencia de las demás especies, en las que la contribución del macho termina con la propia fecundación. Entre la mayoría de los primates, los padres ni siquiera reconocen a sus hijos, y mucho menos se preocupan de cuidarlos. En el reino animal, la maternidad es prácticamente universal, pero la paternidad es excepcional. Así, lo que surge junto a la persona humana es la unión de la madre y el padre biológicos para cuidar de sus hijos. Hasta aquí llegó la naturaleza, pero entonces apareció la cultura y con ello la tercera sorpresa.

Parece ser que entre los cazadores, vivir en pareja era lo más habitual. Después surgió la agricultura, los beneficios económicos, las ciudades, la civilización, y por primera vez, las desigualdades empezaron a aparecer entre ricos y pobres, poderosos y desamparados.

Los grandes zigurats de Mesopotamia y las pirámides del Antiguo Egipto, con sus anchas bases y estrechos pináculos eran las manifestaciones monumentales en piedra de una sociedad jerarquizada en la que sólo unos pocos gobernaban sobre una multitud. Y la forma más obvia de expresión del poder entre los machos alfas, humanos o primates, es el dominio del acceso a las mujeres fértiles, maximizándose así la transmisión de sus genes a la siguiente generación. De ahí la poligamia, que existe en el 95% de las especies mamíferas, y en el 75% de las culturas conocidas por la Antropología. La poligamia es la máxima expresión de la desigualdad, pues significa que muchos machos no tendrán nunca la oportunidad de tener pareja e hijos. Y la envidia sexual ha sido, a lo largo de la historia, tanto entre los animales como entre los humanos, un conducto seguro hacia la violencia.

Eso es lo que convierte al primer capítulo del Génesis en algo revolucionario, con su declaración de que cada ser humano, cualquiera que sea su clase, color, cultura o credo, está hecho a imagen y semejanza del mismísimo Dios. Sabemos que en la antigüedad eran los gobernantes, los reyes, los emperadores o los faraones los que estaban hechos a imagen de Dios. Y lo que el Génesis nos viene a de-

cir es que todos formamos parte de la realeza. Todos y cada uno tenemos la misma desigualdad en el reino de la fe, bajo la soberanía de Dios.

De aquí se deduce que todos y cada uno tenemos el mismo derecho a contraer matrimonio y a tener hijos, lo que explica, cualquiera que sea la forma en que leamos la historia de Adán y Eva –que tiene diferentes lecturas entre judíos y cristianos–, el principio básico de esta historia: una mujer, un hombre. O, como dice la *Biblia*, «Es por eso que el hombre deja a su padre y a su madre y se une a su esposa, para ser una sola carne».

La monogamia no fue la norma desde el principio, incluso si consideramos la historia bíblica. Pero muchas de sus más famosas historias, como la tensión entre Sara y Agar, o entre Lea y Raquel y sus hijos, o entre David y Betsabé, o entre las esposas de Salomón, son fundamentales en el camino hacia la monogamia.

Y hay una profunda conexión entre la monogamia y monoteísmo, del mismo modo que, en la dirección contraria, existe entre idolatría y adulterio. Monogamia y monoteísmo consisten en una relación plena que engloba el yo y el tú, una persona y la otra, ya sea ésta humana o divina.

Lo que hace que el surgimiento de la monogamia fuera inusual es que, normalmente, los valores de una sociedad son los que impone su clase dominante. Y la clase dominante en cualquier sociedad jerarquizada se mantiene en el poder a través de la promiscuidad y la poligamia, las cuales multiplican las posibilidades de que sus genes sobrevivan a través de la siguiente generación. Con la monogamia, los ricos y los poderosos pierden, y los pobres y desamparados ganan. De esta forma, la vuelta a la monogamia va en contra del tejido social establecido, y supuso un verdadero triunfo para la dignidad de todos. Cada novia y cada novio son parte de la realeza; cada casa y cada hogar son un palacio, si se dotan de amor.

El cuarto hito fue la forma en que todo esto transformó la vida moral. Todos estamos familiarizados con los trabajos de biología evolutiva que utilizan simuladores informáticos y con el famoso «dilema del prisionero» para explicar porque el altruismo recíproco existe entre todos los animales sociales. Nos comportamos con los demás como querríamos que los demás se comportaran con nosotros, y respondemos a los demás como ellos nos responden a nosotros. Como señaló A. C. Lewis en su libro *La abolición del Hombre*, la reciprocidad es la regla de oro compartida por

todas las grandes civilizaciones. Lo nuevo de la *Biblia* hebrea es la idea de que el amor, y no sólo la justicia, es el principio rector de la vida moral. Tres amores. «Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con toda tu fuerza». Y como se repite no menos de treinta y seis veces en los libros del Pentateuco «ama al forastero porque tú sabes lo que se siente siendo forastero». O pongámoslo de otra forma: del mismo modo que Dios creó el mundo bajo el signo del amor y del perdón, así nosotros estamos obligados a crear una sociedad basada en el amor y en el perdón. Y el amor es la llama que se enciende en el matrimonio y en la familia. La moral es el amor entre un marido y una mujer, entre un padre y un hijo, y que se expande por todo el mundo.

El quinto hito conformaría toda la estructura de la vida judía. En el Antiguo Israel, una forma secular de acuerdo, la llamada «alianza», dio lugar a una nueva manera de pensamiento acerca de la relación entre Dios y la humanidad, en el caso de Noé, y entre Dios y un pueblo, en el caso de Abraham, y más tarde, con los israelitas en el Monte Sinaí. Una alianza es como un matrimonio. Es una promesa recíproca de lealtad y confianza entre dos o más personas, cada una de ellas respetando la dignidad y la integridad de la otra, para

trabajar juntos y alcanzar juntos lo que ninguno puede lograr separado. Y hay algo que ni siquiera Dios puede conseguir sólo, esto es, vivir dentro del corazón de los hombres. Para eso nos necesita.

La palabra hebrea «emunah», erróneamente traducida como «fe», en realidad significa fidelidad, lealtad, perseverancia, no abandonar cuando las cosas se ponen duras, confiar en los demás y corresponder a la confianza de los demás en nosotros. Lo que la alianza supuso, y lo podemos ver prácticamente en todos los profetas, fue la comprensión de las relaciones entre nosotros y Dios en los mismos términos de la relación entre un novio y una novia, un marido y una mujer. El amor, así, pasó a ser no sólo la base de la moralidad, sino también de la teología. Para el judaísmo, la fe es un matrimonio. Rara vez se ha podido expresar esta idea de forma tan maravillosa como lo hizo Oseas cuando dijo, en el nombre de Dios:

«Te desposaré para siempre.

Te desposaré en la bondad y en la justicia, el amor y la compasión.

Te desposaré en la fidelidad, y así conocerás al Señor».

Los hombres judíos recitan estas palabras cada mañana, mientras se entrelazan las bandas de sus «tefilin» alrededor de sus dedos, como una alianza matrimonial.

Cada mañana renovamos nuestro matrimonio con Dios.

Esto llevó al sexto hito, a una idea sutil por la verdad, la belleza, la bondad, y la vida misma no existen en ninguna persona singular sino en el «intermedio», lo que Martín Buber llamó «Das Zwischenmenschliche», el «interpersonal», el contrapunto de hablar y escuchar, de dar y recibir. A través de la *Biblia* hebrea, y de la literatura rabínica, el vehículo de la verdad es la conversación. En la revelación, Dios nos habla y nos pide que escuchemos. En la oración, hablamos y le pedimos a Dios que nos escuche. No hay nunca una sola voz. En la *Biblia* los profetas discuten con Dios. En el *Talmud* los rabinos discuten entre sí. De hecho, algunas veces pienso que la razón, por la que Dios eligió al pueblo judío fue porque a Él le encanta discutir. El judaísmo es una conversación a varias voces, nunca más apasionada que en el Cantar de los Cantares, un dueto entre un hombre y una mujer, la amada y su amante, que el Rabino Akiva calificó de «santa sanctorum» de la literatura religiosa.

El profeta Malaquías llamaba al sacerdote hombre «el guardián de la ley de la verdad». El Libro de los Proverbios dice de la mujer de valía que «la ley del verdadero amor está en su lengua». Esta

conversación entre voces masculinas y femeninas, entre verdad y amor, justicia y gracia, derecho y perdón, es lo que conforma la vida espiritual.

En los tiempos de la *Biblia*, cada judío tenía que dar medio *shekel* al Templo para recordar que sólo somos una mitad. Hay culturas que enseñan que no somos nada. Otras dicen que lo somos todo. La visión judía es que somos una mitad y que necesitamos abrirnos al otro si queremos ser un todo.

Todo esto llevó al séptimo hito, de manera que, en el judaísmo, el hogar y la familia se convirtieron en el lugar central de la vida en la fe. En el único verso de la *Biblia* hebrea en el que se explica por qué Dios escogió a Abraham, Él dijo: «le conozco y sé que educará a sus hijos y a su esposa de manera que sigan el camino de Dios, haciendo lo que es bueno y justo». Abraham fue elegido no para dirigir un imperio, mandar un ejército, hacer milagros o soltar profecías, sino simplemente para ser padre. En uno de los párrafos más famosos del judaísmo, que recitamos cada día y cada noche, Moisés ordenó: «Enseñarás estas cosas repetidamente a tus hijos, hablando de ellas cuando os sentéis en vuestras casas y cuando caminéis, cuando os acostéis y cuando os levantéis». Los padres son educadores, la edu-

cación es una conversación entre generaciones, y la primera escuela es el hogar.

De esta manera los judíos se convirtieron en gente volcada intensamente hacia la familia, y esto fue lo que nos salvó de la tragedia. Tras la destrucción del Segundo Templo en el año 70, los judíos estaban dispersos por todo el mundo, siendo una minoría en todas partes, sin derechos, sufriendo las peores persecuciones conocidas por ningún pueblo, y todavía lograron sobrevivir debido a que nunca perdieron tres cosas: su sentido de la familia, su sentido de la comunidad, y su fe.

Y las tres eran renovadas cada semana, especialmente en el Shabbath, el día del descanso, cuando damos a nuestras parejas y a nuestras familias lo que más necesitan y de lo que están más hambrientos en el mundo contemporáneo: tiempo. Una vez produjo un documental para televisión para la BBC sobre el estado de la familia en el Reino Unido y llevé a una escuela de primaria judía, un viernes por la mañana, a la que entonces era la mayor experta de Gran Bretaña en temas de infancia, Penélope Leach.

Allí vio como los niños anticipaban con sus actos lo que después verían esa noche en casa alrededor de la mesa. Allí había madres y pa-

dres de cinco años, bendiciendo a su hijo de cinco años, mientras los abuelos de cinco años contemplaban la escena. Estaba fascinada por toda esta institución, y entonces les preguntó a los niños qué era lo que más les gustaba el Shabbath. Un niño de cinco años la miró y le dijo: «es la única noche en la que papá no tiene prisa». Mientras salíamos de la escuela, terminando la grabación del documental, ella me miró y me dijo: «Rabino jefe, el Shabbath está salvando el matrimonio de sus padres».

Esta es una forma de contar la historia, la forma judía, que comienza con el nacimiento de la reproducción sexual, sigue con las exigencias de la paternidad humana, y después el triunfo de la monogamia como manifestación fundamental de la igualdad de los hombres, seguido de cómo el matrimonio ha conformado nuestra visión de la vida y la moral religiosa, basada en el amor, en la alianza y en la fidelidad, hasta el punto de considerar que la verdad es una conversación entre el amante y su amada. El matrimonio y la familia existen allí donde la fe encuentra su hogar y allí donde la presencia Divina vive en el amor entre un marido y una mujer, un padre y un hijo. ¿Qué es lo que ha podido cambiar? Lo explicaré de la siguiente forma: escribí un libro hace unos años so-

bre religión y ciencia y resumí la diferencia entre las dos frases: «la ciencia divide las cosas para conocer cómo funcionan; la religión las junta para saber qué significan». Y ésta es también una pregunta para la cultura. ¿Junta las cosas o las separa?

Lo que hace única a la familia tradicional, una obra maestra del arte religioso, es lo que trae consigo: una dirección sexual, deseo físico, amistad, compañía, emotividad y amor, engendrar niños, protegerlos y cuidarlos, educarlos y dotarles de una identidad y de una historia. Rara vez una institución ha podido incubar y promover juntas tantos impulsos y tantos deseos, roles y responsabilidades. Le dio sentido al mundo y le proporcionó un rostro humano, el rostro del amor.

Por una serie de razones de lo más variado, algunas relacionadas con avances médicos como el control de la natalidad, la fecundación in vitro y otras intervenciones genéticas; otras relacionadas con el cambio moral, como la idea de que somos libres para hacer lo que queramos siempre que no hagamos daño a los demás; otras relacionadas con una cierta dejación de responsabilidades del individuo al Estado; y otras con los profundos cambios culturales de Occidente, casi todo lo que el ma-

rimonio una vez trajo consigo ha quedado ahora apartado. El sexo se ha divorciado del amor, el amor del compromiso, el matrimonio de la procreación, y la procreación de la responsabilidad del cuidado de los hijos.

El resultado es que en Gran Bretaña, en 2012, el 47,5% de los hijos han nacido fuera del matrimonio, y se espera que superen el 50% en 2016. Cada vez menos gente contrae matrimonio, y los que sí, lo hacen cada vez más tarde, y el 42% de los matrimonios acaban en divorcio. Tampoco la cohabitación es un buen sustituto para el matrimonio. La duración media de una pareja que viven juntos en el Reino Unido o en EE.UU. es de menos de dos años. El resultado es un incremento muy pronunciado entre los jóvenes de los desórdenes alimentarios, abusos de alcohol y drogas, síndromes relacionados con el stress, depresiones y suicidios frustrados y consumados. El colapso del matrimonio ha creado una nueva forma de pobreza, que se concentra en las familias uniparentales y dentro de éstas, la carga principal la soportan las mujeres, que en 2011 eran la cabeza del 92% de los hogares monoparentales. Hoy, en Gran Bretaña, más de un millón de niños se crían y crecen sin el más mínimo contacto con ninguno de sus padres.

Esto está creando una división en las sociedades como no se había visto desde que Disraeli habló de las «dos naciones», hace un siglo y medio: los privilegiados que puedan criarse y crecer en un entorno estable junto con las dos personas que les trajeron al mundo serán, en general, más sanos física y emocionalmente. Tendrán mejores notas en el colegio y responderán mejor en el trabajo. Tendrán más éxito en sus relaciones, serán más felices y vivirán más.

Claro que habrá excepciones. Pero esta injusticia clama al cielo. Quedará en la Historia como uno de los momentos trágicos de lo que Frederik Hayek llamó «la arrogancia fatal», lo que de alguna manera conocemos mejor que toda la sabiduría de siglos para desafiar las lecciones de la biología y de la historia. Sin duda que nadie querrá volver atrás, a los estrictos prejuicios del pasado.

Esta semana, en el Reino Unido, se estrena una película que cuenta la historia de una de las grandes cabezas del siglo XX, Alan Turing, el matemático de Cambridge que estableció los fundamentos filosóficos de la informática y de la inteligencia artificial, y que ayudó a ganar la guerra mundial descifrando el código naval alemán «Enigma». Tras la guerra, Turing fue arrestado y juzgado por su

conducta homosexual, sufrió castración química y murió a la edad de 41 años por envenenamiento con cianuro, aunque muchos creyeron que se había suicidado. Ese es un mundo al que no deberíamos volver nunca.

Pero nuestra compasión por los que eligen vivir de forma diferente no debería inhibirnos de ser abogados a favor de la institución más humanizadora de la historia.

La familia, hombre, mujer e hijo, no es una más de las formas de vida. Es la mejor forma que hemos conocido hasta ahora para hacer crecer a las nuevas generaciones y permitir que los niños crezcan en un marco de estabilidad y amor. Es donde aprendemos la delicada coreografía de las relaciones y cómo manejar los inevitables conflictos que se producen dentro de los grupos humanos. Es donde aprendemos a tomar el riesgo de dar y recibir amor. Es donde una generación transmite sus valores a la siguiente, asegurando así la continuidad de una civilización. Para una sociedad, la familia es la encrucijada de su futuro, y por el bien del futuro de nuestros hijos, debemos ser sus defensores.

Dado que esta es una reunión religiosa, déjenme, si puede ser, terminar con una pequeña exégesis de un trozo de la Biblia. La historia de la primera familia, la primera

mujer y el primer hombre en el jardín del Edén, no es percibida generalmente como una historia de éxito. Creamos o no en el pecado original, aquello no terminó bien. Tras muchos años estudiando este texto, quiero proponer una lectura diferente.

La historia concluye con tres versos que parecen no estar conectados entre sí. No constituyen una secuencia. No tienen lógica. En Génesis 3:19, Dios dijo al hombre: «Comerás con el sudor de tu frente hasta que vuelvas a la tierra, porque de ella saliste: porque polvo eres y en polvo te convertirás». En el siguiente verso podemos leer: «el hombre llamó a su mujer Eva, porque ella era la madre de toda forma de vida», y en el siguiente, «el Señor hizo ropa de abrigo de piel para Adán y su mujer y los vistió».

¿Qué conexión hay entre los tres versos? ¿Por qué Dios, al decirle al hombre que era mortal le dejó que pusiera nombre a su mujer? ¿Por qué ese acto pudo cambiar la actitud de Dios hacia ambos, con un acto de ternura, dándoles ropa, casi como si Él les hubiera perdonado parcialmente? Déjenme aclarar que el vocablo «piel» en Hebreo es prácticamente indistinguible de «luz», y por eso el Rabino Meir, el gran sabio de primeros del siglo II, interpretó el texto como si Dios

hubiera hecho para ellos «abrigos de luz». ¿Qué quiso decir?

Si leemos el texto con cuidado, veremos que hasta ese momento el primer hombre había dado a su mujer un nombre puramente genético. Le llamo «Ishah», que quiere decir «mujer». Recordemos lo que dijo la primera vez que la vio: «Es hueso de mis huesos y carne de mi carne; se llamará mujer, pues fue sacada del hombre». Para él, ella era una cosa, no una persona. La llamó con un sustantivo, no con un nombre. Es más, la definió como una derivación de sí mismo: algo sacado del hombre. Para él todavía no era alguien distinto, una persona por sí misma, era sólo un reflejo suyo.

Mientras el hombre pensó que era inmortal, no necesitó de nadie más. Pero ahora ya sabe que es mortal. Que morirá un día y se convertirá en polvo. Sólo había una manera en que podría vivir tras su muerte. Esa manera era teniendo un hijo. Pero no podía tenerlo por sí solo. Para eso necesitaba a su esposa. Sólo ella podía tener hijos, sólo ella podía mitigar su mortalidad.

Y no precisamente por ser como él. En ese momento ella dejó de ser, para él, una cosa, y se convirtió en una persona por sí misma. Y esa persona tenía su nombre propio. Y eso fue lo que le concedió: el nombre de «Charah», «Eva», que quiere decir «dadora de vida».

En ese momento, cuando estaban a punto de abandonar el Eden y enfrentarse al mundo tal y como lo conocemos, como un lugar de oscuridad, Adán le dio a su esposa el primer regalo de amor, un nombre personal. Y en ese momento, Dios les respondió a los dos con su amor, y les hizo vestidos para ocultar su desnudez, o como decía el Rabino Meir, «vestidos de luz».

Y así ha sido desde entonces, de forma que cuando un hombre y una mujer se unen en comunión de fidelidad, Dios les abriga con ropas de luz, y podemos estar más cerca que nunca del mismo Dios, trayendo una vida nueva, y convirtiendo la prosa de la biología en la poesía del espíritu humano, reduciendo la oscuridad del mundo con la luz del amor. ■